

www.elboomeran.com

Nelly Kaplan
**Memorias
de una lectora
de sábanas**

Traducción de Marina Abad

lucede:gálibo

Título original: *Mémoires d'une liseuse de draps* (1974) /
Un manteau de fou rire (1998)

© 2012, Nelly Kaplan

© 2012, Luces de Gálibo (Gorbs Edicions SL), Barcelona

Traducción: Marina Abad

Diseño: Ferran Fernández

Maquetación: Zaranda & Jo

ISBN: 978-84-15117-13-1

Depósito legal: G1-1625-2012

Imprime: Kadmos

Impreso en España / *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Luces de Gálibo donará el
1 por ciento de los beneficios
producidos por la venta de
este libro a la ONG Acción
en Red.



www.lucesdegalibo.com

Prólogo

*Hay en mí más recuerdos que en mil años de vida...*¹

Pero, bueno, ¿es esa una razón para escribir mis memorias? *Nel mezzo del cammin di nostra vita*,² me lo pregunto.

Y, sin embargo, sí. Si el relato de mis avatares puede ayudar a una sola chica, a un solo chico a cometer los mismos alegres errores que han enriquecido mis 9125 días de vida, el texto que sigue tendrá su razón de ser.

BELÉN

¹ *J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans...*, primer verso del poema LXXVI (Esplín) de *Las flores del mal*, de Baudelaire. Versión de Carlos Pujol. (N. de la T.)

² *Nel mezzo del cammin di nostra vita/ mi ritrovai per una selva oscura,/ chè la diritta via era smarrita* son los tres primeros versos de la *Divina Comedia* de Dante: *A mitad del camino de la vida/yo me encontraba en una selva oscura,/ con la senda derecha ya perdida*. Versión de Ángel Crespo (N. de la T.)

I

Nací un 11 de abril, y todo se volvió muy complicado.

Mamá no quiso reconocermme, fui recogida y criada por mi padre, marinero de los siete mares. Desde entonces el mundo es para mí del color de mi papá, capitán; y mi madre fue la mar.

Mi primer recuerdo: las barbas saladas de la tripulación al completo del *Sperma* asomada a mi cuna, intentando alimentarme con unos pirulís de leche condensada solidificada, muy de moda en esa época en Holanda, los pirulís Susy: «¡Solo se gastan si los chupas!» Estaban exquisitos y me salvaron la vida. (Muchos años más tarde conocí al riquísimo propietario de las fábricas Susy. Y yo misma me obligué a matarlo. Pero no nos anticipemos.)

Éramos siete en el *Sperma*, un valeroso barco que podía navegar a vela o a vapor. Para nosotros los océanos no tenían secretos. En él crecí libre y querida, feliz y relajada como raramente lo he sido desde entonces.

Poco a poco los años pasaron, y yo me alzaba cada vez un poco más, la altura de mi mirada avistaba niveles del mundo con completa claridad. Eso me lleva en línea curva hacia mi segundo recuerdo: las pantorrillas peludas, fuertes, policromadas de mis seis marineros,

corriendo en medio de tempestades o indolentes en las apacibles noches ecuatorianas, cuando el calor nos impedía dormir y nos quedábamos en el puente a escuchar historias de barcos fantasmas que me helaban la sangre. ¡Ay! ¡Esas pieles curtidas por la sal y los vientos del Antártico! ¡Oh! ¡Esas bellas pantorrillas de mis marineros! Los veo hoy como hace veinte años, y se me hace un nudo en la garganta por la nostalgia...

Pequeña como era, sin levantar la mirada hacia sus caras podía reconocer a cada uno de ellos:

Szuma, el chino, en el pergamino imberbe de su piel.

Baklava, el egipcio, en los largos pelos rizados, como los de las barbas asirias, que serpenteaban por sus piernas.

Circuncisión del Señor, nacido un 1 de enero en un mísero pueblo indio del norte de Perú, en su tono cobrizo de tal resplandor que me servía de espejo en la época de las primeras coqueterías.

Olaf, en la blancura resplandeciente de su piel, mimetismo de las nieves escandinavas.

Doudouk, en el azabache inequívoco de su África natal.

En cuanto a mi padre —¡ah mi padre!—, su pasaporte era simplemente el esplendor de sus piernas, su perfección, la gracia inigualable de sus andares.

No, ¡jamás olvidaré las doce alegres pantorrillas de mis cinco años! Sentada sobre sus rodillas, aprendí a reconocer la belleza de los hombres.

Así crecí salvaje entre los mares, como un pequeño animal. Nadaba a la perfección, evidentemente. Una de mis distracciones favoritas consistía en echar

carreras a los tiburones, me sumergía desde babor y nadaba a toda velocidad hacia la escalera de estribor bajo la atenta mirada de los seis marineros que vigilaban mis juegos desde la borda, carabina en mano por si acaso. Una vez, cegada por el sol y la espuma, me comió la punta del dedo pequeño del pie izquierdo un tiburón hembra, defecto que siempre he llevado con mucho orgullo y cuyo descubrimiento ha excitado a mis amantes, sin excepción.

De nuevo me precipito.

Apenas tenía ocho años. Creciendo, mi mirada alcanzaba toda clase de nuevos horizontes. Nos aproximábamos a las islas Galápagos con un cargamento de plátanos, destinado a la celebración del quinto aniversario del AGLA,³ abrumada desde entonces por las trágicas circunstancias en las que se encuentra. Salimos de Tuamotu, y un bochorno húmedo hizo que nos quitáramos toda la ropa.

Tuvo lugar entonces, desde mis ochenta y seis centímetros, mi tercer gran recuerdo y una de las más intensas emociones de mi vida. Fascinada, contemplé por primera vez *cara a cara* los péndulos multicolores de mis seis hombres, agitándose frenéticos al capricho de las labores marítimas o incubando tiernamente, en los raros momentos de descanso, dos encantadores objetos esféricos cuya aparente vulnerabilidad me conmovió. Yo los miraba sospechando, presintiendo en mi precoz inteligencia, que esos objetos debían de tener una importancia *incomparable*.

3 Asociación Galapagueña para la Libido Amplificada.

Mi padre se percató de mi descubrimiento y estalló en una risa holandesa, interminable. La tripulación acudió. Incapaz de hablar, tal ataque le sacudía, me señaló con su mano derecha mientras que con la izquierda, extendida, hacía el recuento de sus dieciocho atributos.⁴ Después empezó a imitar, burlándose, mi mirada atenta. Doudouk, Olaf, Baklava, Szuma y Circuncisión del Señor explotaron a su vez en la misma risa interminable. Hoy me doy cuenta de que sin duda estaba justificado. Pero en aquel tiempo era mucho pedir a mi dignidad infantil. Entonces me escondí bajo mis largos cabellos rubios aclarados por el mar y el sol, Godiva de bolsillo, dejé al grupo, que, indiferente a mi semblante feroz, se tiraba por el suelo presa de una risa incontenible.

Escondida en la bodega del barco, rumiaba mi enfado. Yo sentía, sin saberlo aún, que aquellas formas suponían la fuente de un misterio todavía prohibido a mi conocimiento.

Cada vez más perpleja, cada vez más furiosa, lloraba de rabia.

Así pasaron las horas, hasta que al fin llegó la del almuerzo. El aroma del cachalote salteado con ajetes —uno de mis platos favoritos— no consiguió hacerme salir de mi escondite, tampoco la llamada de mi padre («ven rápido, mi pequeña estrella de mar»), que en general yo no podía resistir, ni el arrullo de Baklava («te estamos esperando, mi ave del paraíso de las

4 Como veremos más tarde, eran, efectivamente, ¡diecinueve!

profundidades»), ni la de Olaf («¿qué va a comer mi aurora boreal? ¡Un buen cachalote con ajetes!») Ni cuando Circuncisión del Señor añadió: «¡Cachalote-con-ajetes- cachalote-con-ajetes-bueno-bueno-bueno-ay-qué-bueno-está! ¡Si ella no viene, me comeré yo su ración!» Incluso ese último argumento me dejó insensible. Durante mucho rato sonaron sus voces mezcladas que me llamaban con los nombres de todos los encantos del mar: mi esmeralda del Pacífico, mi caballito de mar de chocolate, mi perla del Atlántico, mi langosta de amatista, mi maga de las playas de Ys, y todo así. En vano. El orgullo herido siempre ha disimulado en mí el apetito de fiera que, alrededor del mediodía, me era acostumbrado. No cesé por ello de prestar un oído atento a los más mínimos movimientos que venían de arriba. De repente, oí a mi padre decir:

—Es raro, siempre la llamamos de mil formas encantadoras, ¡pero todavía no tiene un *verdadero* nombre! Haría falta encontrarle uno cuanto antes...

Exclamaciones, murmullos, cuchicheos, deliberaciones, no alcanzaba a comprender el significado de los sonidos que llegaban ensordecidos al fondo de la bodega. Y acabé por dormirme.

Al despertar el hambre había vuelto y, decidida a perdonar los ultrajes, me dirigí a hurtadillas hacia la cocina, donde devoré con esmero los restos de una tortilla de tortuga, una buena ración de pez-delfín con salsa picante y la parte de cachalote con ajetes que me habían dejado, por supuesto, hecho a fuego lento. Estaba exquisito.

Saciada, subí al puente. El tiempo era magnífico, el cielo sin una sola nube. El sol empezaba a querer acostarse sobre un mar de aceite y el grito de los tiburones en celo hacía vibrar los mástiles del *Sperma*.

Estaban todos ahí, reunidos, graves. Parecían esperarme. Padre se levantó, vino hacia mí, me llevó hacia el grupo, me sentó sobre sus rodillas, me preguntó amablemente si seguía enfadada. Yo dije que no con la cabeza. Él me abrazó y, tras hacerme pasar de rodilla en rodilla, declaramos la paz. Después me explicó que una celebración muy importante iba a tener lugar para mi bautismo, tras la cual tendría por fin un nombre. Se trataba de una antiquísima tradición china relatada por Li Che-chen en su célebre *Tratado de la serpiente moteada*, libro de cabecera de Szuma, quien nos hizo compartir su veneración. Yo no debía extrañarme de nada de lo que fuese a ver y oír, ni hacer preguntas, ya que lo entendería todo más tarde, aun a riesgo de que se me escapara en los minutos siguientes. ¿Prometido? Prometido.

Es aquí donde situó mi cuarto gran recuerdo.

Baklava salió en busca de nuestro amuleto Dolly Lastex, que llegó enseguida con su colección de accesorios, las pelucas de diferentes colores y un barreño lleno de aceite caliente de foca. Acostó a la muñeca sobre un colchón de terciopelo violeta que yo veía por primera vez.

Dolly era muy hermosa, de tamaño natural, con los ojos de cristal verde y la boca cilíndrica. Su cuerpo magnífico, recubierto de un plástico de fabricación alemana, imitaba a la perfección la suavidad de una piel de mujer.

Solo le faltaba la palabra. Nunca se me había permitido jugar con ella, hecho sorprendente, pues mis caprichos siempre hacían tirar por la borda la ley. Pero como las muñecas me eran indiferentes, hasta me aburrían, eso nunca había provocado altercados importantes. Además, yo prefería mil veces la compañía de *Griffy*, un cachorro de león imperial que me había regalado el rey Koudoud, hermano gemelo de Doudouk e importante jefe de la tribu, durante una visita de cortesía efectuada en una escala en Konakry. Al verme había querido comprarme para ofrecerme el rango de esposa emperatriz, y necesitó toda la diplomacia de papá y de Doudouk juntas para llegar al convencimiento de que con mis ocho años era aún muy pequeña para alejarme de los míos. Un poco resentido, y confiando en el porvenir, Koudoud me ofreció entonces el león como regalo. *Griffy* era bello como el sol y se acostumbró rápido a la vida de marinero: nadaba como un pez y adoraba la carne de langosta asada con plantas de las profundidades. Era más que un hermano para mí y nuestro cariño se mostró imperturbable a pesar de las peripecias de una agitada vida.

Pero volvamos a la ceremonia.

Con una solemnidad que no hacía más que incrementarse a lo largo de los acontecimientos, Circuncisión abrió la boca de Dolly e introdujo en su interior dos tercios del recipiente de aceite de foca. Enseguida, por los treinta y siete vasos capilares, un calor exquisito animó el cuerpo de la muñeca, sus ojos y su boca se entreabrieron lánguidamente, dos pequeñas bombillas colocadas astutamente en el interior de su cuerpo

colorearon sus senos, que se dilataban agitados por una respiración regulada en *crescendo*, y sus muslos se acomodaron en una acogedora V.

Doudouk, visiblemente emocionado, le puso una peluca platino cuyos bucles sedosos, agitándose con la brisa que empezaba a levantarse, contribuían a acentuar el asombroso espejismo de vida de esta compañera con encantos de caucho. Después, Doudouk tomó de la colección de accesorios la cajita etiquetada *circés* y, abriéndola, vaciló un buen rato entre los diferentes instrumentos numerados del cero al siete, cilindros huecos más o menos estrechos, en forma de tubo, cuyas paredes interiores, forradas de un material suave y húmedo, se contrajeron en un movimiento regularmente acelerado gracias a un brillante sistema de baterías dirigido desde el exterior.

Pese a su deseo de escoger el *circé* cero, Doudouk tuvo que rendirse a la evidencia: eso no habría hecho justicia a su propio instrumento. Se resignó a coger el número cuatro, el cual, después de algunos intentos de prueba, le vino como un guante. Sacándolo, lo sumergió cuidadosamente en el tercio que quedaba de aceite de foca y después lo hundió hasta el fondo de la V de Dolly.

—Cuatro... Ni mucho, ni poco —dijo con una sonrisa radiante, y sus magníficos dientes castañearon bajo los últimos rayos de sol.

Estas operaciones me intrigaron de manera prodigiosa y no me perdía ni un solo detalle.

—¡Espera, Doudouk! —dijo mi padre—: ¡no olvides que hace falta un último paso en la operación de Dolly, sobre el puente!

—¡Li Che-chen es categórico respecto a eso!
—añadió Szuma después de haber revisado un pasaje del *Tratado de la serpiente moteada* que tenía abierto sobre las rodillas y para el que su joya amarilla en reposo, pequeña pero firme, apoyada sobre la página en cuestión, resultaba un marcapáginas ideal. Sobre el suelo del puente se habían colocado dos grandes hojas de papel brillante rojo, provenientes de los embalajes de los plátanos. Su utilidad me era aún totalmente desconocida. La luz se atenuaba suavemente, en ese resplandor de agua y aire que solo se encuentra en el océano de los trópicos. Tres pequeñas nubes rosadas en el horizonte anunciaban una alegre mañana. Un águila marina sobrevolaba el *Sperma*. Las langostas luminosas se balanceaban sobre las aguas. El tiempo parecía haber suspendido su vuelo. *Griffy*, soberbio con su melena, sus cuatro patas hacia arriba, ronroneaba soñando con dominar las selvas submarinas. Todo era calma, lujuria, suavidad. Este fue el prólogo de unos hechos prodigiosos.

Doudouk se situó sobre la muñeca después de haber humedecido también su magnífico instrumento de carne en el aceite de foca, y le ayudó a introducirse lentamente, por sacudidas inalterables, en lo más vivo del misterio de Dolly. Los ojos del marinero, más brillantes que nunca, no abandonaban la verde mirada que parecía animarse gracias a otro astuto juego de baterías. Y su boca pronunció unas palabras en su dialecto africano, con un ritmo encantador a la vez que practicaba un movimiento uniformemente acelerado de entradas y salidas de la joya azabache. En torno a

él, en un silencio sepulcral, Circuncisión, Olaf, Szuma, Baklava, papá y yo seguimos atentamente la operación. Desde mis ocho años, constaté hasta qué punto este rito parecía trastornar sus respectivos péndulos multicolores. De repente, los ojos en blanco de Doudouk precedieron a una serie de gritos roncós.

—¡Atención! —gritó mi padre.

Entonces Doudouk sacó con destreza su atributo, que había doblado su volumen, de lo más hondo de Dolly y lo dirigió con habilidad hacia la gran hoja de papel que cubría el suelo. Era el momento. Un segundo después fui testigo por primera vez en mi vida de un espectáculo que desde entonces no ha dejado de fascinarme: el objeto, desmesuradamente hinchado, parecía de repente estallar en una magia acuática que Doudouk, en una especie de estado hipnótico, dirigió sobre el papel brillante. Como un pastelero apunta su manga a un gigantesco pastel de cumpleaños, él inscribió en trance unos signos incontrolables e incontrolados. Primero fue el furor de un trazo vertical de abajo arriba. Entonces, después de una pausa casi imperceptible, nueva salida ligeramente desviada hacia la derecha, dibujando un trazo ovalado tan pronto como salió, pero más débilmente y más abajo, formando un ocho aplastado sobre su borde derecho. Doudouk aulló tan fuerte que despertó a *Griffy*, que respondió alegremente con algunos rugidos. Luego, como un cañón después de haber cumplido su deber guerrero, el marinero retrocedió y cayó de rodillas, en éxtasis. Yo miraba, boca abierta y ojos como platos, sin osar interrumpir con preguntas inoportunas ni el

encanto ni la solemnidad de aquellas operaciones a las que tuve el privilegio de asistir.

Mientras se recogía la hoja de papel por las esquinas con cuidado de no modificar en un tirón el preciado jeroglífico de aquella manera obtenido, para dejarlo sobre el puente un poco más alejado, mi padre colocó una nueva hoja en el lugar que había quedado vacío.

Olaf se adelantó a su vez, quitó el *circé* número cuatro y la peluca platino, puso en su lugar un *circé* talla dos y una interminable cabellera negra que ocultaba prácticamente todo el cuerpo de Dolly. A continuación, acostándola suavemente sobre un lado, se colocó tras ella y pasó una de las extremidades inferiores de la muñeca alrededor de su pierna. Después, buscando delicadamente la manera, se abrió camino hacia el interior del *circé*, untuoso de su licor de foca tibio. Esta vez ritmo y violencia eran diferentes. Sin apretar, ayudándose de las manos, Olaf alejaba el cuerpo de Dolly del suyo, luego lo acercaba para alejarlo de nuevo y volverlo a acercar, todo tarareando melodías folclóricas en honor de las auroras boreales. Aquello acabó siendo monótono, cuando de repente el ritmo se hizo más enérgico y la canción sobre el día eterno de los polos se paralizó en la boca de Olaf, dejando lugar a un raro gemido.

—¡Atención! —gritó papá.

De un brinco magnífico, Olaf deshizo el nudo de piernas y se colocó en la trayectoria de la hoja de papel tendida en el suelo. A diferencia de la lentitud casi exasperante del preámbulo, el desenlace me sorprendió por su violencia y su brevedad. En medio de

gritos vikingos, Olaf envió al papel un trazo firme y sin error que habría sido ovalado si una pequeña prolongación, como una coma tumbada, no continuara la extremidad inferior del huevo en un gracioso movimiento de izquierda a derecha. Mientras contemplaba su obra con una modesta sonrisa, Olaf ayudó a sus compañeros a trasladar la hoja y a poner una nueva con las debidas precauciones. Luego, con gran placer por nuestra parte, retomó su himno boreal en el mismo punto en el que había sido interrumpido. Olaf tenía una voz soberbia.

Era el turno de Circuncisión. Como sus antecesores, le quitó a Dolly peluca y *circé*, y los reemplazó por una cabellera pelirroja con cortos rizos y un *circé* número uno, lo que me sorprendió teniendo en cuenta las imponentes proporciones del objeto que se alzaba a mi vista. Le dio la vuelta a Dolly sobre el vientre y, esto es lo que más me sorprendió, no puso el estrecho *circé* en la convergencia de las dos piernas en V, como habían hecho sus antecesores, sino que lo subió hasta el centro de los rollizos encantos de la muñeca, hundiéndole en el epicentro el *circé* previamente mojado en el aceite de foca.

Estupefacta, yo abría la boca para hacer algunas preguntas tontas cuando papá, con un severo gesto, el índice sobre los labios, me ordenó silencio.

Circuncisión mojó seguidamente su ornamento en el barreño de aceite y, saludando en quechua a su divinidad protectora Pachacámac, introdujo su orgullo en lo más hondo de Dolly Lastex. Sin duda no fue un mal comienzo, teniendo en cuenta la estrechez del *circé*.

Pero con la ayuda de Pachacámac, Circuncisión pudo finalmente adentrarse en las profundidades deseadas, a juzgar por sus gritos de luchador triunfante. Durante ese tiempo la caja de música oculta en el vientre de Dolly accionó una endecha de gemidos que parecieron encantar a Circuncisión.

El desenlace no se hizo esperar.

—¡Atención! —cuchicheó papá, nervioso.

Apartando a Dolly con violencia, Circuncisión fue a colocarse delante del papel rojo. Y un chorro interminable barrió la superficie glaseada en un largo trazo vertical de abajo a arriba, imitado enseguida por otro en el sentido opuesto, ligeramente desviado a la izquierda, alcanzándolo y sobrepasándolo en la base por una sutil fantasía de izquierda a derecha.

Acabada la operación, Circuncisión quedó plácido, los ojos cerrados, durante algunos minutos. Sus compañeros respetaron ese estado del alma donde, según la tradición, Pachacámac se retira lentamente del cuerpo de su protegido, pero se vieron obligados a devolverlo a la realidad para llevar a cabo correctamente las maniobras de cambio de papel.

Mientras tanto Szuma comenzaba a prepararse. Quitó la peluca pelirroja pero no la reemplazó, dejando el cráneo calvo de Dolly brillar a la luz del crepúsculo. A continuación, retiró el *circé* del lugar elegido por los caprichos de Circuncisión, eligió para él el *circé* talla cero, de una estrechez casi inhumana, y orientó la muñeca para recostarla sobre la espalda, en un giro de 180 grados. Colocó entonces el *circé* —yo no estaba preparada para esa sorpresa— en el interior de la boca

entreabierta de Dolly. Derramó enseguida siete gotas de aceite de tortuga (más fluido que el de foca) entre los labios de su compañera y, después de haber echado un último vistazo al *Tratado de la serpiente moteada* para asegurarse de que no olvidaba nada, comenzó a introducir su delgada joya, rígida e interminable como un alambre, que, zarandeándose a la altura de las falsas cuerdas vocales de la muñeca, imitaba y se confundía con el trino característico de los ruiseñores imperiales de China.

Una larga espera comenzó. Sus compañeros, al tanto de las costumbres de Szuma, se sentaron en círculo alrededor de él (yo entre papá y Olaf) cantando de vez en cuando unas melodías típicamente asiáticas. Solo algunos movimientos casi imperceptibles, que apenas sobrepasaban el milímetro, nos permitían constatar que Szuma no se había dormido en su extraña postura. Ya duraba el asunto desde hacía media hora. Los marineros encendieron sus pipas. Baklava salió a buscar un tonel de ron y lo dio a beber. Yo atraje a *Griffy* hacia mí. Papá, pensativo, acariciaba mi cabeza y yo la de *Griffy*, que ronroneaba de placer y me miraba con sus bellos ojos color miel. El día agonizaba en las aguas sanguíneas por el sol del crepúsculo y el *Sperma* se balanceaba, suavemente acariciado en todos los sentidos por las contracorrientes que rodean las islas Galápagos. Yo llegué a olvidar la presencia de Szuma, cuando de repente un pequeño grito estridente anunció el desenlace del nirvana.

—¡Atención! —ordenó papá.

Szuma, con una minuciosidad admirable, extrajo el atributo cuasi filiforme de la boca de Dolly y lo dirigió sin moverse, doblándolo suavemente, hacia el papel desplegado sobre el suelo. Y como un meteorito atravesando la atmósfera, un torrente discontinuo cruzó el espacio de cinco metros que separaba a Szuma del objetivo esperado. Deslumbrada, miraba pasar delante de mí la estrella fugaz y formulaba la promesa de ser un día, yo también, el motivo de tanto prodigio.

Cuando el proyectil fluido fue a posarse sobre el papel en una curva grácil, yo me sorprendí mucho al constatar cómo el azar había recreado en unas condiciones diferentes el mismo grafismo que se observaba en la obra de Olaf. Es decir, una forma ovalada continuada en la base por una especie de coma tumbada prolongando el dibujo en sentido izquierda-derecha.

Mientras transportábamos el papel usado al lado de los otros y poníamos uno nuevo en el lugar habitual, Baklava se dirigió hacia Dolly. Cogió los *circés* número 1 y número 0 y los devolvió a la caja pero, nueva sorpresa, no tomó ninguno. Vaciló en esta ocasión entre dos pelucas rubias, una de un tono claro tipo cabellos de lino, la otra cobriza; eligió finalmente la segunda, de una finura notable con largos cabellos, y la colocó con mil atenciones en el cráneo calvo de Dolly, que incorporó al mismo tiempo, dejándola en posición sentada. Después, cogiendo las bonitas manos de la muñeca, flexibles gracias a veintiocho articulaciones hábiles, las hundió en la cascada cobriza de la melena, haciéndole adoptar una actitud sagrada, como la que se puede apreciar en ciertos grabados

egipcios, la mano izquierda puesta sobre la derecha, lo cual formaba un *circé* de carne constituido por la unión de tubos-dedos cerrados sobre sí mismos y sumergidos en un río de seda. Entonces Baklava colocó suavemente en ese mullido nido su admirable joya olivácea, mientras apretaba dos botones ocultos bajo sus pulseras. Los diez dedos de la muñeca empezaron así a accionar la alhaja oriental en un juego de movimientos simultáneos de rotación izquierda-derecha y derecha-izquierda, y de vaivén en sentido vertical. Como un arpa mágica, estos movimientos produjeron en Baklava un recital de quejidos y lamentos en el que se filtraba todo el sentido fatalista de Oriente. Tanto si Baklava estaba muy excitado, como si la habilidad de Dolly fuera innegable, la cosa es que pasaron apenas diez segundos cuando el placer del marinero se manifestó. El dibujo entonces obtenido, lleno de una vigorosa fantasía que evocaba irresistiblemente el lomo de un camello afectado de malaria, fue puesto a la derecha de las cuatro hojas precedentes.

Fue entonces cuando tuvo lugar el incidente que puso en peligro el buen desenlace del rito mágico.

Papá acababa de colocar la obra de Baklava, mientras que sus compañeros procedían a una limpieza rápida de Dolly que, con total resignación, esperaba la buena voluntad del siguiente usuario, cuando la contemplación de su V ofrecía tal vulnerabilidad que fue demasiado para el sistema nervioso de papá, sometido ya a una dura prueba por el espectáculo de las operaciones precedentes. Con un grito incontenible se volvió hacia la muñeca y, estrangulando su instrumento con

las manos (¡como si se pudiera parar las cataratas de Iguazú con una tela de araña!), se puso a recitar la tabla de logaritmos para distraer sus pensamientos y evitar lo inevitable: en un movimiento colosal de izquierda a derecha, un trazo de marfil fundido fue a depositarse a cinco centímetros de los cinco dibujos. Consternación. Szuma consultó enseguida el apéndice del *Tratado de la serpiente moteada*. Por fortuna encontró que, ya que ninguna de las láminas había sido alcanzada por el trazo paterno, nada hacía suponer que debía invalidarse la ceremonia. Más bien al contrario, ese trazo final legitimaba las eyaculaciones asociadas de los cinco marineros. Era como si los dioses hubieran hablado por boca de papá, concluyó Szuma cerrando el oráculo.

Alegría. Felicitaciones. A continuación, nos apresuramos a leer el nombre con el que me había distinguido aquel azar convulso, y el mismo grito salió al unísono de las siete bocas: ¡BELÉN...!

—¡Serás Belén! —repetía cada uno de ellos bautizándome con algunas gotas dispersas de su *licor de flujo carnal*⁵ sobre la frente, detrás de las orejas, sobre los labios, sobre los senos que aún no tenía, sobre la melena que tendría algún día, sobre la ausencia del pequeño dedo devorado por el tiburón hembra...

Yo era Belén, ese nombre pegado a mi piel, que me hacía sentir tan bien, sonaba apropiado a nuestros oídos. Aprobado por unanimidad, nunca más me abandonó.

5 Así llamado por el seráfico Buenaventura.

Y así fueron los preliminares de un alegre banquete de bautismo. El aroma de un delicioso suflé de langosta invadía el *Sperma*, haciéndonos salivar a *Griffy* y a mí a cada cual peor, mientras que papá elegía en la bodega los vinos más exquisitos, regalo de nuestros amigos contrabandistas repartidos a lo largo de los siete mares. La noche estaba ya avanzada cuando nos sentamos a una espléndida mesa. Yo presidía, en el sitio de honor. Papá estaba a mi derecha y, excepcionalmente, se había autorizado a *Griffy* a ponerse a mi izquierda, majestuosamente sentado sobre una caja de plátanos, golpeando amigablemente con su cola los hombros vecinos entre dos rugidos de alegría y lamiéndome la cara con su tierna lengua rojiza. Entre aplausos, el suflé llegó por fin, humeante, portado por Circuncisión, que cedía, a pesar de su fuerza, ante la inmensa bandeja de plata de tres metros de diámetro, incrustada de piedras preciosas, otro regalo suntuoso de mi pretendiente rechazado, el hermano de Doudouk, el rey Kuodoud.

El suflé fue devorado en menos tiempo del que se necesita para describir la escena y, si cierro los ojos, veo aún a *Griffy* saboreando delicadamente, con los refinamientos de un gato, ese manjar que tanto le gustaba.

¡Momentos dorados! Me sentía rodeada de amor, de amistad, segura. En torno a mí, caras sonrientes, corazones abiertos, mientras que el *Sperma* nos acercaba suavemente a las islas Galápagos bajo una luna risueña y el ardor de millones de estrellas. Fue entonces cuando experimenté por primera vez la felicidad consciente y sequé una furtiva lágrima, engullida al instante por la lengua mimosa de *Griffy*.

Llegó el postre: era un pastel gigantesco de miel de flores submarinas y nueces de las grutas, especialidad de una gran sutileza que a Olaf le salía a la perfección. Y comenzaron los brindis.

Como una reunión de hadas barbudas, los seis marineros se inclinaban sobre mi trono para ofrecerme sus reinos del mar.

Szuma se levantó, copa en mano, y dijo:

—Tú tendrás, Belén, de la serpiente moteada la prudencia; de las fieras el valor; el ímpetu del carnero, tu signo astral, y del Fénix el poder de superar tus destrucciones. Conocerás las ciencias ocultas y descubrirás nuevamente los secretos caídos en el olvido desde hace mucho tiempo. Eso te concederá poderes inmensos, pero también te hará correr temibles peligros. Tendrás, para defenderte, una lucidez de diamante. ¡Por ti, por ella, yo levanto mi copa!

Bebimos. Doudouk se levantó en su turno:

—Dondequiera que estés, o que la vida nos conduzca, podrás llamarnos siempre cuando el peligro o la angustia te atrapen. Y nosotros acudiremos a ti para intentar socorrerte. Porque, igual que a menudo suscitarás odio y envidia, disfrutarás por otro lado de la amistad inquebrantable de seres de tu raza. ¡Esa amistad es mi don, y por ella levantamos nuestras copas, Belén!

Bebimos. Circuncisión mandó silencio para decirme:

—Belén, serás bella, escandalosamente bella. ¡Bebo por las formas espléndidas que auguro en ti!

Bebimos.

Fue el turno de Olaf. Fijando en mí sus ojos color de bruma, ya ligeramente ebrio, proclamó con voz emocionada:

—Por tu espíritu tendrás la fuerza de un iceberg en movimiento, y nada sabrá oponerse a tu voluntad cuando desees *verdaderamente* a alguien o algo. Guiada con frecuencia por tus pasiones, ¡vigila que no te dirijan demasiado, Belén!

Algo turbados, bebimos. Baklava se levantó y, muy rápido, quizá para intentar suavizar la atmósfera de angustia en la que nos había sumergido la profecía de Olaf, dijo:

—Un día serás fabulosamente rica. Tu fortuna, ganada por tus conquistas sobre el Misterio, no tendrá nada que envidiar a las de los antiguos faraones. Hasta te permitirá vivir desnuda. ¡Belén, por ti!

Bebimos otra vez. Después papá añadió:

—Soy feliz al saber, hija mía, que amarás mucho y que serás locamente amada. Sabe también que cuando tus pasiones te dejen melancólica tendrás para defenderte el arma más fantástica que puede ofrecerte un ser humano: el humor. Te regalo, Belén, para tu vida entera, la más cálida prenda existente en el mundo, más cálida que el plumón de todos los nidos reunidos desde el inicio de los tiempos. Durante los peores inviernos de tu vida tendrás siempre para taparte, hijita, pegado a tu piel, el único traje que te servirá: ¡un abrigo de risa!

Y bebimos.

Fue entonces cuando *Griffy* se acercó a mí. Alzándose sobre sus patas traseras, puso las otras dos sobre mis hombros. Teníamos la misma estatura. Durante

un largo minuto me miró fijamente. Y sobreentendí sus deseos de felicidad. Entonces le besé en los párpados y en el hocico jugando con su espléndida melena para ocultar mi emoción. Después, lentamente, medio escondió las uñas y me arañó cariñosamente todo el cuerpo. Y después lamió las perlas rojas que su cariño había hecho surgir y luego fue a tumbarse en una esquina ronroneando dulcemente, hasta dormirse. «Ningún tiempo fue nunca tan fértil en milagros...»

Una última copa, un último trozo del delicioso pastel de Olaf y nos retiramos hasta el día siguiente, día previsto para la llegada a la República Libre de Galápagos.

Muy avanzada la noche, insomne tras tantas emociones, me levanté y subí al puente. A la luz de la luna mi nombre brillaba sobre el papel cuché con el resplandor de miles de luces centelleantes. Yo revivía sin cesar la velada recién acabada, mi bautismo, los deseos excitantes de mi padre y los cinco marineros, la mirada misteriosa de *Griffy*... Tenía ganas de reír, de llorar, agotada por la fragilidad de mis ocho años ante aquella avalancha de emociones. Sentía que mi vida sería una sucesión de aventuras apasionantes, apasionadas. Asomada por la borda soñaba con mi vida. Cerca del barco, al ritmo de las olas, un delfín sodomizaba a dos sirenas en un balé de una extraña belleza. Al otro extremo del *Sperma*, la voz grave de Circuncisión llegaba canturreando, muy desafinado, su melodía preferida:

*Boga, boga velero
Hacia la isla de Fernando Poo*

*Y si en tu ruta tocas Calcuta
Vete a la puta que te parió.*

Feliz de la vida, me tumbé sobre una hamaca. Y lentamente, arrullada por la canción y los gritos encantados del delfín y de las sirenas, acabé por dormirme acariciada por la luna.